

Año LXXXIII. urtea

282 - 2022

Enero-abril

Urtarrila-apirila



Príncipe de Viana

SEPARATA

Ignacio Ellacuría y Ángel Martínez en diálogo epistolar

José ARGÜELLO LACAYO

Sumario / Aurkibidea

Príncipe de Viana

Año LXXXIII · n.º 282 · enero-abril de 2022

LXXXIII. urtea · 282. zk. · 2022ko urtarrila-apirila

ÁNGEL EN EL RECUERDO. Homenaje al padre Ángel Martínez Baigorri, S. J. en el 50 aniversario de su fallecimiento (1971-2021) / ÁNGEL OROIMENEAN. Aita Ángel Martínez Baigorri S. J. hil zeneko 50. urteurrenean (1971-2021) Carlos Mata Induráin (coord./koord.)	
Presentación / Aurkezpena Carlos Mata Induráin	9
Evocaciones –antiguas y modernas– del padre Ángel Martínez Baigorri, S. J. Aita Ángel Martínez Baigorri S. J.ri buruzko oroitzapenak –zaharrak eta berriak–	21
Presencia de la poesía de Ángel Martínez Baigorri en la historia literaria de Navarra desde 1970 Consuelo Allué Villanueva	69
Ignacio Ellacuría y Ángel Martínez en diálogo epistolar José Argüello Lacayo	87
Una aproximación al poemario <i>Ángel en el País del Águila</i> (1954) de Ángel Martínez Baigorri: génesis, estructura y temas Carlos Mata Induráin	107
El fondo documental del padre Ángel Martínez Baigorri en el Archivo Contemporáneo de Navarra M.ª Teresa Sola Landa	147
LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS DEL AÑO 2021 / 2021eko LANAK ETA EGUNAK	
Tesis doctorales sobre temática navarra de ciencias humanas, sociales y jurídicas, leídas en 2021 (Según la Base de datos Teseo del Ministerio de Educación)	169

Sumario / Aurkibidea

Nafar literaturak 2021ean zer ekarri duen euskaraz Ángel Erro Jiménez	173
Autores navarros en castellano, año 2021 Mikel Zuza Viniegra	177
Una exposición temporal para una colección permanente Mireya Martín Larumbe	181
Con las botas puestas Marga Gutiérrez Díez	189
I Jornadas sobre Videojuegos y Creación Digital en Navarra Ana Herrera Isasi	203
Máster en «Prácticas artísticas y estudios culturales: cuerpo, afectos, territorio». Necesidad y deseo hechos realidad Amaia Arriaga, Nerea de Diego	209
Noticias sobre etnografía, folclore y cultura tradicional en 2021 David Mariezkurrena Iturmendi	217
Discurso Premio Príncipe de Viana 2021 Teresa Catalán Sánchez	223
Teresa Catalán Alicia Ezker Calvo	227
Currículums	243
Analytic Summary	247
Normas para la presentación de originales / Idazlanak aurkezteko arauak / Rules for the submission of originals	249

Ignacio Ellacuría y Ángel Martínez en diálogo epistolar

Ignacio Ellacuría eta Ángel Martínezen arteko gutun bidezko elkarrizketa

The Epistolary Dialogue between Ángel Martínez and Ignacio Ellacuría

José Argüello Lacayo
Equipo Teyocoyani
teyocoya@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.35462/pv.282.4>

Recepción del original: 02/03/2022. Aceptación provisional: 20/04/2022. Aceptación definitiva: 25/04/2022.

RESUMEN

Ángel Martínez Baigorri (1899-1971) e Ignacio Ellacuría (1930-1989) desarrollaron un intenso y profundo diálogo epistolar entre 1951 y 1963, sobre la naturaleza de la poesía y su proximidad con la filosofía. En la intimidad del diálogo epistolar, ambos jesuitas muestran sus facetas más íntimas como seres humanos, creyentes y pensadores. Se trata de un diálogo entre maestro y discípulo y de un intercambio filosófico y místico, en el que podremos asomarnos a facetas suyas desconocidas y descubrir el alcance y la profundidad que alcanzó el influjo del poeta navarro sobre Ellacuría.

Palabras clave: Ignacio Ellacuría; Ángel Martínez Baigorri; poesía y filosofía.

LABURPENA

Ángel Martínez Baigorri (1899-1971) eta Ignacio Ellacuría (1930-1989) gutun bidezko elkarrizketa bizi eta sakonean aritu ziren 1951tik 1963ra bitartean, poesiaren izaeraz eta filosofiarekin duen hurbiltasunaz. Gutun bidezko elkarrizketaren intimitatean bi jesulagunek beren barneko gorabeherak erakusten dituzte gizaki, fededun eta pentsalari gisa. Maisuaren eta ikaslearen arteko elkarrizketa eta truke filosofiko eta mistiko honetan haien alderdi ezezagunak ezagutzen ahal ditugu, eta olerkari nafarraren eraginak Ellacuriarengan izan zuen irismenaz eta sakontasunaz jabetu.

Gako hitzak: Ignacio Ellacuría; Ángel Martínez Baigorri; poesia eta filosofia.

ABSTRACT

Ángel Martínez Baigorri (1899-1971) and Ignacio Ellacuría (1930-1989) developed an intense and deep epistolar dialogue between 1951 and 1963, about the nature of poetry and its proximity to philosophy. In the epistolar dialogue's intimacy, both jesuits show their innermost features as human beings, believers and thinkers. It is a dialogue between master and disciple, and a philosophical and mystical exchange, which allows us to peer into unknown features of both of them and discover the reach and depth of the navarrian poet's influence on Ellacuría.

Keywords: Ignacio Ellacuría; Ángel Martínez Baigorri; poetry and philosophy.

1. INTRODUCCIÓN. 2. ANTECEDENTES DE UN ENCUENTRO. 3. DIÁLOGO ENTRE MAESTRO Y DISCÍPULO. 4. MÍSTICO DIÁLOGO. 5. PALABRAS PREMONITORIAS. 6. *COR AD COR LOQUITUR*. 7. COLOQUIO FILOSÓFICO SOBRE LA POESÍA Y LA FILOSOFÍA. 8. CONCLUSIÓN. 9. LISTA DE REFERENCIAS.

1. INTRODUCCIÓN

Actualmente en España y América Latina la figura de Ignacio Ellacuría es ampliamente reconocida por su martirio y su aporte a la teología y filosofía de la liberación, mientras que la figura del poeta Ángel Martínez Baigorri, aparte de su tierra navarra, más bien se ha proyectado en México y Centroamérica, y particularmente en Nicaragua, como poeta místico, docente universitario, forjador y maestro de poetas.

Abordaremos el intercambio epistolar entre ambos, mostrando cómo se entabló entre ellos su correspondencia y destacando algunos ejes temáticos del diálogo sostenido en sus cartas, tales como la relación discipular desarrollada por Ellacuría con el poeta, clarividentes palabras de aliento que este dirige a aquel, y el místico y filosófico coloquio entretejido por ambos al unísono en torno a la relación entre poesía y filosofía. De nuestra parte, procuraremos ceder a ambos la palabra, para que el lector pueda por sí mismo apreciar el tenor y la importancia de esta correspondencia, hasta ahora poco estudiada. Antes de entrar a su contenido, mostraremos brevemente quiénes fueron ambos interlocutores, así como importantes aspectos de su trayectoria vital, hasta el momento decisivo de su encuentro.

2. ANTECEDENTES DE UN ENCUENTRO

Cuando Ignacio Ellacuría descubre a Ángel Martínez es apenas un joven jesuita de veintiún años que realiza sus estudios de filosofía y humanidades (1950-1955) en Cotacollao, Ecuador. A sus manos llega en 1951 el poemario *Río hasta el fin* (1943),

expresión cumbre de otro jesuita que frisa ya sus cincuenta y dos años y está en plena madurez vital. A la sazón Ángel Martínez residía en San Salvador (1948-1954), enseñando filosofía y letras en el Seminario San José de la Montaña. Aquellos hondos versos suyos despiertan en el joven filósofo anhelos de entablar comunicación con el poeta, y, sin esperar siquiera réplica, le escribe una larga carta entusiasta. Sin embargo, es sorprendido por una generosa y rotunda respuesta de doce páginas.

De tal primer contacto epistolar apenas se conserva un fragmento de respuesta, enviada desde la casa de retiros de las monjas de la Asunción de Diriamba, Nicaragua (Martínez Baigorri, 2011, p. 469), dos páginas inconclusas en las que Ángel Martínez desentraña el significado de uno de sus tres símbolos poéticos esenciales: el río (los otros dos serían el ángel y la rosa). A partir de ahí se establece un intenso y apasionado diálogo epistolar que durará doce años (1951-1963), generando una relación de maestro a discípulo, que abre cauces de inspiración para aquel y de admiración y enriquecimiento para este, cuyo fruto maduro finalmente será el penetrante ensayo «Ángel Martínez, poeta esencial», que Ellacuría publicará en la revista *Cultura* de San Salvador en 1958, cuando ya se encontraba estudiando teología en Innsbruck, Austria, con otro de sus grandes maestros: Karl Rahner.

Antes de su encuentro con Ángel Martínez, Ellacuría había sido hondamente marcado por otros dos jesuitas: en primer lugar su maestro de novicios, el navarro Miguel Elizondo (1912-2005), quien le formó en la libertad de espíritu «para la mayor gloria de Dios», sin hacer del noviciado un coto cerrado de espaldas al mundo circundante, priorizando el desarrollo interior más que los moldes devocionales, y confrontándolo con la raíz de su vocación jesuítica: el encuentro con Jesucristo dentro del marco de las Constituciones y los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. «Elizondo –señala Rodolfo Cardenal, SJ– puso en contacto a los novicios con la realidad centroamericana. Debían adaptarse al clima, a la comida y a la manera de ser de su población» (Sobrino & Alvarado, 1999, p. 44). Y les alentó a hacer deporte, actividad prohibida entonces en los noviciados de la Compañía de Jesús en España. El segundo maestro que influyó en Ellacuría fue el jesuita ecuatoriano Aurelio Espinosa Polit (1894-1961), cuya formación en humanidades clásicas en Cambridge le permitió verter al verso castellano las obras de Virgilio, Horacio y Sófocles; Espinosa Polit dirigía entonces los estudios del Colegio Noviciado de la Compañía de Jesús en Cotocollao e impresionó a Ellacuría por sus clases creadoras y sin esquemas, en las que «en cada momento buscaba el ahondamiento nuevo, la recreación viva, el hallazgo imprevisto» (Sobrino & Alvarado, 1999, p. 45). Anteponiendo su afán educativo al prurito de erudición, Espinosa Polit conducía a sus alumnos a un contacto directo con los autores clásicos y mostraba en estos valores humanos perennes, de forma que Ellacuría descubriría en ellos «modelos egregios de plenitud vital» y un contacto profundo y total con la realidad humana (Samour, 2000, p. 40).

Por otro lado, a las alturas de 1951 Ángel Martínez llevaba ya quince años en Centroamérica, once de ellos enseñando literatura en el Colegio Centroamérica de Granada, Nicaragua (1936-1947), situado a orillas del gran lago Cocibolca, donde formó a los poetas Carlos Martínez Rivas y Ernesto Cardenal.

En el renombrado Colegio Centroamérica de Granada, donde una inquieta y valiosa juventud bullía bajo el influjo de Rubén Darío, el espíritu de esteta, de filósofo y de poeta del padre Ángel encontró cauce amplísimo y muy adecuado para moverse libremente, y para convertirse en imán poderoso, polarizador y animador de energías literarias y poéticas, que iban a brotar en él al conjuro de la naturaleza pródiga y exuberante que a diario contemplaba,

atestigua su compañero de juventud Isidro Iriarte, S. J. (1971, p. 16).

Este mismo nos informa que, tras ingresar en el noviciado de Loyola en 1917, Ángel había estudiado a fondo las lenguas y humanidades clásicas, de tal forma que:

Horacio mereció sus primeras preferencias, pero cuando empezó a dominar el griego, Sófocles, Homero y Píndaro fueron sus autores preferidos. Y los juzgaba no según el criterio de los profesores, sino según el suyo propio. Repetidas veces manifestó su disconformidad no sólo con sus maestros, sino también con los textos y traducciones que circulaban entre nosotros como versiones fieles del original (Iriarte, 1971, p. 9).

En España realizó luego estudios filosóficos y teológicos; los primeros en Oña, Burgos, y los segundos, iniciados asimismo en tierras de Castilla y León, fueron posteriormente concluidos en Marneffe, Bélgica, lugar donde se ordenaría sacerdote a sus treinta y cuatro años. Su formación jesuítica la completaría con la Tercera Probación (1935-1936) en Braga, Portugal. Desde 1933 sufría una úlcera estomacal por la que sería sometido a diecisiete operaciones a lo largo de su vida, algunas de las cuales lo llevarían al borde de la muerte. Entre 1947 y 1948, tras ser operado en Nueva Orleans, pasó un prolongado período postoperatorio en Isleta College, El Paso, Texas, donde compuso su obra *Ángel en el País del Águila*, que comentaría a fondo Ellacuría en su mencionado ensayo sobre el poeta navarro. Ángel Martínez, por consiguiente, era un erudito templado en el sufrimiento¹, cuyos vastos conocimientos lingüísticos no solo abarcaban las lenguas clásicas, sino también el inglés, el francés, el portugués, el alemán, el italiano, el catalán, el vascuence y el hebreo (Iriarte, 1971). Pero por encima de todos sus ricos conocimientos descollaba sin duda su talento poético innato, de cuya fecunda inspiración manaba el torrente de su poesía:

Yo que algunas veces le acompañé en sus excursiones poéticas y observé cómo le brotaba el verso, en medio del campo, podría desvelar los secretos y los estímulos de su inspiración. Más de una vez, emocionado, fuera de sí, cogía la pluma y con una rapidez y facilidad maravillosa trasladaba al papel, sentado sobre un ribazo del camino o sobre el tronco de un árbol, los versos luminosos, sugeridores, sensitivos, que expresaban la emoción poética del momento (Iriarte, 1971).

1 Léanse estas palabras de Ángel dirigidas a su gran amigo jesuita Francisco Lucas desde el Colegio Centroamérica de Granada, Nicaragua, el 23 de julio de 1946: «Ahora parece que estoy mal. Lo dicen los médicos y mis dolores, que son a rato abrumadores, aplanadores; hasta me harían llorar si yo no tuviera vergüenza de mí mismo para llorar por sólo dolores materiales. A veces son desesperantes, como para pegarse un tiro o echarse al tren o al cráter de alguno de estos volcanes humeantes, si eso fuera remedio para algo. Mejor remedio es que le abran a uno en canal y eso es lo que tengo en perspectiva» (Martínez Baigorri, 2011, p. 319).

Y el padre Juan Bautista Bertrán nos dice:

Don Antonio Rubió y Lluch (1856-1937), el catedrático de la Universidad de Barcelona, académico de la Lengua, doctísimo y fino espíritu, fue uno de los primeros en adivinar el talento de Ángel, cuando este era aún estudiante, y uno de los que más cordialmente le impulsaron y alentaron (Martínez Baigorri, 1978, p. 14).

3. DIÁLOGO ENTRE MAESTRO Y DISCÍPULO

Ahora bien, es entre estos dos jesuitas –Ignacio Ellacuría y Ángel Martínez– que se desarrolla una correspondencia notoriamente densa y profunda, de la que destacaremos, en primer lugar –porque no se ha hecho hasta ahora– su aspecto netamente humano.

En carta del 19 de septiembre de 1952 declaraba Ellacuría a Ángel:

Yo pensaba que Vd. apenas se dignaría a contestar a mis balbuceos indoctos, que quisieron tan sólo cumplir con una obligación ocasionada por la lectura de su «poesía», por el triunfo de Barcelona, y por el carácter doble de jesuitas y centro-americanos que los dos compartimos. Pero cuando se me entraron por el corazón aquellas 12 páginas preñadas de atenciones conmigo –de luz y de aliento– quedé avergonzado de mi poca previsión y de mi falta de confianza para con Vd. (2011, p. 471).

Esta hermosa confesión nos indica la escasa expectativa de respuesta que albergaba el joven Ellacuría cuando inicialmente se dirigió al poeta, que ese mismo año de 1952 obtenía el Gran Premio de Cultura Hispánica en el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona de parte de un jurado presidido por el poeta católico francés Paul Claudel, en reconocimiento a su obra *Cumbre de la memoria*, meditación en tres puntos conmemorando la ordenación sacerdotal del jesuita nicaragüense León Pallais Godoy. Sin embargo, a pesar de su momentáneo «triunfo», la obra de Ángel Martínez era poco leída y escasamente divulgada, por lo que Ellacuría le comenta:

Otro punto muy iluminativo y muy conforme con su sacerdocio en Jesucristo y con Jesucristo es su ocultamiento, su enterramiento –en el nombre, en la fama– para que el árbol nacido sea de todas las aves, que en él podrán entonar su Canto Nuevo, la palabra y el silencio que su poesía anónima produce en nosotros (2011, p. 472).

Por ello mismo, cuatro años más tarde, en carta escrita el 6 de agosto de 1956, fiesta de la Transfiguración del Señor, que Ángel declaraba día central en el desarrollo de su vida espiritual, este ratificaba su amarga sensación de ser ignorado:

De mí solo saben que existo... Al hombre exterior le duele que eso sólo sepan. Al interior le va bien con su soledad y con esos totales desconocimientos, porque le ayudan a ser más el que es y no lo que las apariencias quisieran que fuese.

Y formula a continuación esta frase lapidaria: «No nos salgamos de la verdad que somos, aunque el falseamiento de la verdad nos haga brillar más ante muchos... oscuros. Oscuros en sí, y que, sin embargo, saben gritar resplandores» (2011, pp. 511-512).

Anteriormente Ángel manifestaba:

No dude que V. ha de recibir cartas como la que yo he recibido hoy, que le consolarán de tantos otros desengaños, que si lo son es porque antes fueron engaños nuestros, que siempre le pedimos a la vida lo que la vida, la desvida, no puede dar. Y esos consuelos le afirman a uno en no falsear jamás la palabra, el don sagrado, con lucimientos externos, con fuegos fatuos tan propios de cementerios. Y de veras cuesta no buscarlos y ser uno el que es, por encima de todo lo que exteriormente tanto halaga (2011, pp. 510-511).

No obstante la relativa oscuridad que rodeaba al poeta, Ellacuría descubría en él dones de altísima poesía y un hondo y original espíritu, por lo que celebraba comunicarse con él:

No me quiero detener en otros puntos de su bellísima carta, en parte porque espero que se complete con sus otros escritos, si es que me llegan, y en parte porque aún me queda mucho que meditar sobre ella después de mis repetidas lecturas y de mi encendido apostolado. Me parecen tan ciertas, tan redentoras, sus ideas –nunca leí sobre esta materia cosa tan honda y tan vital–, que necesariamente –así soy yo– me he ido por todos los capaces de entenderle para repartirles mi don, el don sublimemente sugeridor que Vd. me hizo con su carta (2011, p. 473).

Líder nato, Ellacuría no se guarda para sí mismo los vislumbres de verdad descubiertos en las cartas de Ángel, sino que se va por los pasillos del Colegio Noviciado, buscando entre sus compañeros jesuitas a quienes puedan entenderle, como Diógenes con su linterna en pleno día ateniense buscaba verdaderos hombres. Aprecia en las cartas de Ángel el trasunto inconfundible de un hombre que examina las cosas por sí mismo y las expresa, captándolas en toda su profundidad, imprimiéndoles de tal forma un sello personalísimo:

Yo le digo sinceramente que ya desde hace algún tiempo no me interesa escuchar sino a la gente que habla con profundidad de las cosas, y sólo habla con profundidad de las cosas quien pone en ellas todo su corazón, toda su vida. Esto es lo que más me satisface de sus cartas: estoy sintiendo en ellas todo un hombre que las respalda, un temblor interno que se hace respetar y que lleva, más allá del convencimiento, a una sensación de verdad y de plenitud. Hoy le leía a una persona seria trozos de su carta primera. Enseguida me habló de que sentía la presencia de un hombre que tiene para los asuntos que trata una palabra enteramente personal (2011, p. 475).

Notoria avidez de este bisoño pensador que recién abre su mente a los horizontes del espíritu, y más y más anhela lo que el maestro le ofrece en sus reflexiones sobre poesía y filosofía:

Por eso me gusta releer sus cartas, por eso vuelvo a escribirle, porque quiero aprender del que ya tiene tanta experiencia de las cosas que atañen tanto a la poesía como a la filosofía. Nunca he leído nada tan serio y tan verdadero de la poesía como lo suyo, tanto que me ha dejado con ganas de más, por lo menos de conocer todo lo que tenga escrito o vaya escribiendo sobre tales materias, además de querer conocer toda su producción poética (2011, p. 477).

4. MÍSTICO DIÁLOGO

Sin embargo: más allá del afán de conocimiento, entre ellos se establece un místico diálogo de almas, en el que los versos de Ángel aciertan a expresar la inefable búsqueda del joven jesuita; reflejados en ellos capta Ellacuría sus más íntimos afanes, su querer ser todo de Cristo y su penoso extravío en las criaturas, que precisamente fascinan y concitan al joven asceta, hasta el venturoso momento en que «Jesús pone la paz luminosa de su mirada y llena el silencio –el vacío del alma– con su voz de Dios en todo». Ellacuría se dirige a Ángel, citando versos del poeta y entretejiendo con ellos algunos de sus propios apuntes espirituales:

Si Vd. supiera cuántas veces, en los puntos de mis meditaciones y en ellas mismas, aparto partes de su poesía, que son también la expresión más expresivamente viva de lo que yo también vivo inefablemente, pero que no acierto a expresarlo, «sabría» bien lo que le digo.

Y como los tengo escritos me es fácil repetírselos. Los tengo escritos no en una página sino en muchas:

¡Vuelve, vuelve a tu Centro
por todos mis caminos tan loco derramado,
sales siempre a mi encuentro,
¡Señor! Y hoy, ya a tu lado,
lo largo de la espera noto en lo que has llorado.

Después de estos sus versos, de esta su vida, la mía podía escribir a continuación: «¡Cuánto de mi verdad y de mi vida en estos versos!» Y poco después: «Pero hoy me saliste al encuentro, y aún en estado de ascesis, sin pedirte el que me devuelvas las cosas, que para darme tu don me has retirado, esas cosas que me besan, me embriagan y me hacen olvidarme de Ti, yo te hago esta otra oración:

Luz de luz, que a unos ojos humanos, asomada
Viniste a serenar la vida:
Pon la paz luminosa de una mirada tuya
En la noche turbada de este lago,
Y en un fondo de cielo su calma azul refleje».

A continuación, ponía después de la estrofa a la Palabra: «Y Jesús pone la paz luminosa de su mirada y llena el silencio –el vacío del alma– con su voz de Dios en todo; andando junto al lago este del alma, refleja en él su figura divina, y el alma puede encontrarse llegando así a su meta. Necesitaba de Dios; y Jesús tan cercano le va a dar a Dios». Así en otras muchas ocasiones. Todo lo que digo, si no es en su individuación propia está ya en sus versos, pero Vd. puede ver en estos ligeros comentarios, que sólo se escribieron para mi oración, cómo su vida resuena en la mía, en lo más hondo y espiritual de ella (2011, p. 491).

Difícilmente encontraremos en los escritos del reservado y sobrio Ignacio Ellacuría otra confesión tan íntima de su experiencia de Cristo como esta. Al desgarrador vacío de las criaturas, a las que enteramente renuncia, corresponde la consoladora presencia de Dios, místicamente palpada en Jesús, cuya voz percibe en todas las cosas. El mundo se transfigura y hace transparente a sus ojos, llegando así el alma a su meta. Esto lo vive y percibe acompañado de Ángel Martínez, quien previamente lo había expresado en sus versos y a quien agradece «todo su don inmenso –el don que se mide por sí mismo y por la altura del donante– prometiéndole mi oración, por su apostolado» (2011, p. 474).

Es el 8 de agosto de 1955 y mientras cursa sus estudios filosóficos en Quito, escribe Ignacio Ellacuría al padre Ángel estas memorables palabras:

Entre paréntesis tiene Vd. en el P. [Gustavo] Oliva un administrador público de primerísima talla. Se lo digo para que vea cómo también dentro de la Compañía se le hace justicia cada vez más. Alguna vez le oí refiriéndose a Vd. que actualmente era de los jesuitas de mayor talla que tiene la Compañía. Y el P. Sánchez, aquel ecuatoriano joven que le discutió su definición de poesía, dijo en público no haber visto otro que como Vd. juntara la estética, la filosofía y la teología (2011, p. 507).

El padre Ángel había dictado a los jesuitas estudiantes de filosofía de Quito en octubre de 1954 una serie de conferencias sobre metafísica, estética y poesía (Samour, 2000, p. 39) y tal fue la ocasión del primer encuentro personal entre Ellacuría y Ángel. Sus palabras calaron hondo en el joven jesuita:

Caigo en la cuenta de cuán viva y hondamente han calado en el alma de mi alma, muchas de sus orientaciones y de sus ideas, mucho también de su modo de expresarse. No es que nunca haya pretendido reflejamente hacerlo, sino que así me sale de dentro. Y es que si sus cosas me han gustado tanto ha debido ser en el fondo, porque mi ser más íntimo tenía también algo de sus cosas (2011, p. 507).

Estas últimas palabras se las dirige Ellacuría desde San Salvador el 8 de agosto de 1955, cuando Ángel ya se encuentra en México y Ellacuría mismo le había sucedido como profesor de filosofía en el Seminario San José de la Montaña.

5. PALABRAS PREMONITORIAS

Volvamos ahora la mirada al maestro y a sus palabras hacia el discípulo: en vísperas de la fiesta de San Ignacio de Loyola, el 30 de julio de 1954, Ángel dirige a su «amadísimo en el Señor» unas solemnes y premonitorias palabras, en las que entrevé y adivina su futura grandeza, comparándolo incluso a los primeros compañeros del santo fundador:

Ahora me lo imagino (a Nuestro Santo Padre Ignacio) mirándole a V. desde el cielo, como una gran esperanza, como sabría él mirar en la tierra a aquellos hijos suyos de quienes mucho esperaba y en quienes como nadie sabía ver todo lo que habían de ser algún día.

¡Cómo miraba a un Laínez, a un Salmerón, a un Coduri y, con ojos más resplandecientes, a un Javier, cuando apenas tenían pocos más años que los que V. ahora tiene! (2011, p. 498).

En otra carta posterior del 6 de agosto de 1956, Ángel confiesa sentirse enfermo y abrumado, lleno de desfallecimientos interiores, pero aliviado por cartas que recibe, entre ellas una de Ellacuría:

Pero la verdad es que tres cartas recibidas hoy me han aliviado. La suya no es la que menos. Ni lo que menos me consuela en ella es verle ya con una seguridad de pensamiento, hecho luz y vida al comunicarse, que al mismo tiempo me hace gozar de ver tan cierto lo que ya antes había adivinado, y me consuela de lo que yo no he podido hacer y ya es tarde para que más tarde lo pueda hacer. No hace falta que me extienda más en esto. Sí para hacer un acto intenso, en que una intención lo más honda posible sea que mis oraciones tengan como fin el que de ningún modo se malogren esos principios con un término que no corresponda a ellos (2011, p. 509).

Se regocija viendo madurar al discípulo y le insinúa su esperanza de que sea él quien cumpla lo que el propio Ángel ya no podrá más realizar: ciertamente su compartida vocación filosófica. De hecho, más adelante le expresa: «Que usted haga lo que yo ya no hubiera podido hacer, precisamente en ese campo de la metafísica» (2011, p. 510), a lo que encarecidamente le alienta y anima:

Por lo demás –le comentaba anteriormente Ellacuría el 19 de septiembre de 1952– mucho me contenta lo que me dice de la Filosofía, que me entregue a ella con todo mi ser y que así encontraré en ella poesía, es decir, vida y forma profunda de vida (2011, p. 473).

Ángel no solo le orienta pues hacia su vocación filosófica, sino que, consciente de la fragilidad de todo comienzo y de que aun las más grandes promesas a veces se malogran, lo encomienda en sus oraciones «con una intención lo más honda posible», para que el término de Ellacuría corresponda a su principio. Tal como de hecho correspondió, tanto por su obra filosófica y teológica, como por su martirio.

En carta del 8 de agosto de 1955 reflexionaba Ellacuría ante Ángel sobre el martirio de María, anticipando, sin saberlo, el suyo propio:

En un trabajo que sobre la Inmaculada tuve en un acto público que realizó la Facultad de Filosofía para celebrar el centenario del dogma, yo les dije para concluir que la Inmaculada era una mártir de la luz y de la vida, porque todo su existir no fue sino eso: dar un testimonio o, mejor, ser un testimonio de la luz y de la vida, de la verdadera luz y de la verdadera vida para que nosotros lo fuésemos también a nuestra medida, mártires, obradores de esa luz y de esa vida que es poesía (2011, p. 506).

Un detalle que debe realizarse es que según el propio Ellacuría su destino a El Salvador se debió al propio Ángel, aunque este no fuera ya consciente de ello. Detalle significativo, dada la significación que El Salvador alcanzaría en su vida: ahí se afincó definitivamente después de sus estudios en Austria, ahí enseñó filosofía, ahí fue rector de la UCA, ahí profundizó en la realidad sociopolítica del país, ahí derramó su sangre martirial:

Vd. tal vez sin sospecharlo, es responsable de mi estancia aquí –le escribe desde el Seminario San José de la Montaña ese mismo 8 de agosto de 1955–. ¿Sabe Vd. por qué me empujó desde lejos, con verdadera *actio in distans* a meterme en estos berenjenales?... Hubo una vez un Padre Ángel Martínez que le dijo al P. [Gustavo] Oliva no sé qué cosas de un tal Ellacuría... Pues bien, por aquello que Vd. le dijo al P. Oliva de mí, este cuando se trató del sustituto del P. Peccorini con el P. Baeza, me propuso a mí. Y, efectivamente, el P. Baeza aquí me envió (2011, p. 507).

A lo que Ángel replica, otorgándole carácter providencial al nuevo destino de su entrañable discípulo:

Ya no me acordaba de que hubiese hablado de V. especialmente. Pero era natural que hubiese hablado. Mucho, mucho me alegra haberlo hecho y que mis palabras cayeran en tan buen campo como es el alma del P. Oliva. Dios, sin duda, lo ha querido para su gloria (2011, p. 510b).

6. COR AD COR LOQUITUR

Vale la pena subrayar aquí el profundo significado que tanto para Ángel como para Ellacuría revistieron sus cartas: el propio Ángel confiesa a Ellacuría el gran gozo con que recibe las suyas, pues encuentra en ellas «un alma en la que vibro yo» (2011, p. 479). Y él, gran poeta, se aventura a afirmar que, incluso en su poesía, pese a haberse puesto vivo en ella, siempre queda algo muerto; no así en cambio «en las poesías que son verdaderas cartas o en las cartas que son verdaderas poesías» (2011, p. 479). ¿Qué quiere decirnos, sino que pone por encima de todo la comunicación directa de alma a alma? (Idea suscrita también por san John Henry Newman en aquel célebre lema suyo prestado de san Francisco de Sales: *cor ad cor loquitur*). «Y ya me va pareciendo que las cartas, como el contacto directo o lo más próximo a él, son el único medio de expre-

sión totalmente vivo. Por lo menos más vivo y vital que ninguno de los otros» (2011, p. 480), expresa Ángel.

Idea retomada y profundizada más tarde por Ellacuría, con una consideración filosófica adicional:

Es cierto que, como la verdadera poesía, esta comunicación viva no depende de nuestra libertad. Como no dependen la simpatía y el amor de donde nace. Muchas veces he querido comunicarme así y no he podido; otras, la presencia viva de un alma me ha vivificado la comunicación y me ha sacado del alma cosas insospechadas. Algo así como la letra del evangelio y la palabra viva de Jesús cada noche y cada mañana, me desentrañan, engrandeciéndola, mi alma (2011, p. 496).

Nos asomamos otra vez aquí a las entrañas del joven jesuita en lo más hondo de su experiencia de fe, en cuanto nos deja vislumbrar su diálogo orante y continuo con Jesús.

Ángel, por otra parte, tras sopesar el contacto directo que permiten las cartas, llega a una honda y perspicaz apreciación del valor literario incomparable de las epístolas de san Pablo, a las que pone por encima de cualquier otra literatura:

En realidad –según lo que acierto a alcanzar– unas cartas han sido el medio en que más honda y altamente ha logrado ponerse un hombre con todo lo que era y tenía: el gran amor que era ya toda su vida. Y esas cartas eran mucho más habladas –dictadas– que escritas. Las de San Pablo. Para mí no hay duda de que es el hombre que más se ha dado en la expresión, y probablemente el que más ha hecho que los otros se le entregaran a él –a Jesucristo en él– en eso mismo en que él se daba. Es verdad y hay que repetirlo en todos los tonos y con todos los modos de expresión que hallemos: ningún hombre ha escrito como este hombre... que apenas escribió –por sí– casi nada. En la mayor parte de las cartas de su mano no pone más que el saludo (2011, p. 480).

Ellacuría comparte el mismo entusiasmo de Ángel por la comunicación epistolar: «Por eso estoy deseando más y más cartas tuyas que me dicen muchas cosas que también son mías, pero que yo no sé decirlas si Vd. no me las despierta dentro» (2011, p. 494).

7. COLOQUIO FILOSÓFICO SOBRE LA POESÍA Y LA FILOSOFÍA

Adentrémonos ahora en el meollo filosófico del epistolario entre Ángel y Ellacuría. Ambos entretienen un coloquio acerca de la naturaleza de la poesía, así como de su proximidad y distinción con la filosofía.

Ellacuría formula así la pregunta inicial acerca de la poesía:

Formulo así mi incógnita: ¿en la poesía es todo objetivo y sólo hace falta estar capacitado, pulido para sentirla, o en ella hay mucho de subjetivo, de algo que nosotros ponemos por nuestra capacidad recreadora? (2011, p. 473).

A partir de tal interrogante y reflexionando sobre la muerte, Ellacuría experimenta algo nuevo en sí: el ansia de ser poeta, para no morir del todo. Y da a esa palabra una acepción «recreadora» que la vuelve inclusiva; ya no abarca únicamente a quienes en sí mismos conciben la poesía por impulso creador propio, sino también a quienes la reviven poéticamente. Ambos serían «poetas». Pues –nos dice– si bien la poesía «en alguna manera –en potencia, para despertar nuestra poesía– está en las cosas», esta «no se nos muestra tal si nosotros no somos en realidad poetas» (2011, p. 472).

Y de ahí la necesidad de ser «poetas», tanto en el apostolado sacerdotal como en la predicación, reviviendo en sí «poéticamente, es decir, vitalmente, las cosas que se predicán» (2011, p. 474), sin lo cual no tendrían efecto alguno sobre las almas:

Hasta hace poco –todavía hasta cuando le escribí la carta, expresa Ellacuría– yo pensaba que no era poeta y que no era necesidad el serlo en nuestro ministerio apostólico. Hoy no pienso así, pienso que los santos son unos grandes poetas de lo divino [...], que algunos santos, los más, han sentido plenariamente, con todo su ser, y han revivido las realidades sobrenaturales (2011, p. 474).

En carta posterior del 20 de agosto de 1953, vuelve Ellacuría sobre el mismo tema, penetrando todavía más a fondo en su idea de la poesía, llegando incluso hasta su raíz teológica:

Si entendemos por poesía una mejor manera de vivir, un penetrar hasta lo hondo en la esencia misma de las cosas, un ser capaces de «recrear» en nuestro silencio interior la palabra total de cada cosa, ¿por qué no intentar ser en cada momento poetas de la realidad? Y, si como Vd. me decía, este querer vivir poéticamente todas las cosas nos lleva hasta la Palabra sin la que nada se explica y con la que todo se explica y se entiende, con mayor razón aún esa necesidad de querer vivir de la poesía. Cada vez se me hace más necesario vivir así (2011, p. 476).

Ángel refiere luego en otra carta tales conceptos a lo expuesto por él mismo a Ellacuría en su primera carta hoy perdida, en la que desarrollaba un concepto amplísimo de poesía, que se apresta ahora a explicar: distingue por una parte «la poesía en las cosas –como se da en la realidad de los dos mundos, interno y externo, la poesía del ser– de «la poesía expresada con cualquier palabra –todo modo de arte o vida expresiva: comunicadora de vida expresada– y la poesía de la palabra propiamente dicha» (2011, p. 484).

Ángel por tanto postula tres distintos niveles de poesía: un primer sustrato primordial, ontológico –la poesía del ser, la poesía en las cosas mismas, sin excluir al ser consciente de sí mismo y su interioridad–; la poesía en cuanto vida que se expresa y comunica vida; y la poesía como expresión artística y literaria. En síntesis: una poética metafísica y vital contrapuesta a la mera estética literaria: según la concepción de Ángel, el acto mismo de comunicar vida, sin importar su forma –ya sea a través de un gesto de amor, una simple mirada, una palabra de cariño o un grito de entusiasmo– sería ya de por sí poético, aunque lingüísticamente se quede en mero

balbuceo²; mientras que, por otra parte, la poesía, en cuanto estricto arte de la palabra, supeditaría su valor a ser comunicadora de vida: belleza imantada hacia el ser. Por lo que Ángel enfatiza: «Sólo le digo que en todo lo anterior hablo de la poesía total» (2011, p. 484).

Y en este punto se adentra en una sutilísima disquisición acerca de la conjunción entre poesía y metafísica: ambas tienen como finalidad expresar el ser de las cosas, la primera en forma musical y la segunda en forma conceptual. No obstante, dado que todo ser irradia belleza, incluso la metafísica misma acaba siendo poética:

En lo que no es su esencia sino un modo especial de una de esas dos poesías, hay distinción; en la manifestación del mismo ser por la forma hay distinción: el ser manifestado, abierto hasta en la entraña de su esplendor por la forma (en eso está para mí la belleza esencial, atributo *de todo ser*: en la manifestación del mismo ser por la forma, manifestación de la formosidad –formositas, fermosura, hermosura) se da o se recibe –se da y se recibe– en una de ellas, en la poesía que es filosofía, todo él, pero sin música; se da o se recibe en la otra, en la poesía de la poesía, con una música que no es sino la plena vibración del mismo ser en el que se ha abierto –los dos se han abierto al mismo tiempo, con acción y pasión del uno en el otro y del otro en el uno– y que del modo que puede lo da la palabra. Imposible que la palabra que da así a los dos, con la vibración de los dos, no tiemble serenamente con algún modo de música, a no ser que más serenamente y en la cumbre de la expresión callada (la música sonora de soledad y silencio) logre recoger también en su palabra ese silencio [...]. Un silencio es la palabra final de todo lo que plenamente se ha expresado de la vida, para que esta misma vida siga resonando, sin palabras ya, en ese silencio [...]. Y así tiene que ser, porque esa palabra del silencio viene de aquel eterno silencio que es para nosotros –mientras el Hoy se nombra– la Palabra en que el Ser está completo (2011, pp. 484-485).

En estas profundas y densas palabras, difíciles de desentrañar, se vierte toda la honda y original poética de Ángel Martínez, que partiendo del ser mismo –en cuanto apertura y hermosura, estrecha e indisolublemente vinculado al ser humano que lo percibe y expresa– culmina en la música de la palabra (o del concepto) y trasciende esa misma música hundiéndose en el insondable silencio de «la Palabra en que el ser está completo». (No cabe sino evocar aquel otro memorable dicho de san Juan de la Cruz, que apunta hacia lo mismo: «Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma»). Alcanzamos así la cumbre de una poética que desemboca en la hondura de la mística.

2 Ellacuría ratifica nuestra interpretación cuando en su carta de julio de 1954 expresa: «¿Se da poesía hablada en la comunicación viva de un alma a otra por el amor? Sí me parece que en esa manifestación sobrenada algo inefable, más allá de toda manifestación concreta. Pero aun me parece que no toda manifestación viva es aún poesía, si es que no recargamos mucho la significación de ese adjetivo “viva”. Aunque tal vez sí, en algún grado: de ahí los profesores de matemáticas que en sus explicaciones numerales, sin salir de ellas, son poetas» (Martínez Baigorri, 2011, p. 496).

Ángel mismo había inicialmente prevenido a Ellacuría de no dejarse avasallar por la desagradable careta con que en un principio podría presentársele la filosofía en cuanto campo de abstracción; Ellacuría había batallado durante todo un año para superar las dificultades iniciales y adquirido ya la doctrina requerida en los exámenes. Ahora puede exclamar:

Pues bien, gracias a Dios ya creo haber superado esta primera etapa, por lo que espero con gran ansia el retornar del curso. En él quisiera, además de comprender todo lo que en forma tan descarnada nos dan los textos, poseer un esquema de doctrina que me sirva de pauta, de raíl para la defensa de la verdad, llegar a una penetración vital, a un ver la esencia de los problemas más allá de lo que puede decir la razón racionante; en definitiva, a recrear, a revivir primero en mí y luego en los otros la verdad total de las cosas (2011, p. 476).

Haciendo un acto de introspección, distinguía Ellacuría en sí mismo dos formas distintas de conocer, una pálida y muerta, y otra viva e inspirada, según el ideal de conocimiento propuesto por el maestro:

Siento en mí dos maneras muy diversas de conocer: una cuando estoy sin inspiración y tengo que acudir entonces a lo que me dice la memoria de las cosas; me resulta así un conocimiento tosco, frío, porque está muerto; otra cuando estoy inspirado, cuando con todo mi ser comprendo la realidad, cuando en mi interior llego a una adecuación más perfecta con lo que se da fuera de mí. Entonces me encuentro capaz de descubrirles a los otros las realidades que ellos también ven, pero de las que no aciertan a decir su palabra (2011, p. 476).

La voluntad de Ellacuría para superar el saber muerto de los manuales e incluso su propio saber, si no fuera más que un pálido e insípido recuerdo, inducen a Ángel a una reflexión acerca de la verdadera filosofía, la que no se deja atrapar en marañas de nociones y conceptos, sino que se adentra –por las palabras– en el ser mismo de las cosas. Página antológica en la que el altísimo poeta sintetiza su propia concepción filosófica y su originalísima manera de concebir la relación indisoluble entre filosofía y poesía:

Hubiera deseado tenerle en alguna clase, no para no tenerle que escribir sino para que viva y totalmente hubiera oído la solución a tantas cosas como en sus cartas son problemas, de todos los que en filosofía y en poesía quieren llegar a... la filosofía verdadera, para encontrarse con lo que con ella se identifica, lo que es ella y por lo tanto lo que es su vida y, si su vida, su poesía: las cosas –siempre las cosas– por sus causas –en su raíz de cosas. No las nociones de las cosas y las nociones de las causas, sino las cosas mismas en sus mismas causas, arrancadas todas de sí y dadas en lo único que podemos darlas: en las palabras.

La palabra de Filosofía, para terminar en algo real, debe terminar en Poesía. Porque la palabra de Filosofía, si quiere dar eso real que está pidiendo su ser, lo que debe querer es dar las cosas, no hacer juegos malabares con sus nociones –o reteñir el címbalo de la abstracción a la que sólo se sube sólidamente por las cosas–. Y eso mismo es lo

que quiere la poesía y en eso mismo termina la poesía, si ha de querer algo que esté conforme con su nombre, al que hay que acomodar el concepto de su ser.

Son dos modos de conocer –dos modos de llegar a las cosas, de que las cosas lleguen a nosotros y por nosotros a todos– y uno solo el fin. Uno solo el fin esencial: fin en los dos modos de comunicación, que es al fin comunicación de una sola vida, aunque los medios que cada una use no sean los mismos. El resultado de los dos conocimientos, si los dos son vivos, no tendrá otra distinción que esa distinción que nosotros ponemos en lo que en la realidad no se distingue. Así, o no es nada el término de la Filosofía, es decir, o es la nada ese término –término justo de la Filosofía de hoy, fuera de la Filosofía perenne, la nada que es también su principio–, o su término es la vida del ser, una vida en la que está la luz: las mismas luz y vida de la palabra de Poesía, como originadas las dos –palabra de Filosofía y palabra de Poesía– en la Palabra que es ser y principio de todo ser, y por lo mismo también de todo conocer, ya nos lleve a él el raciocinio o la intuición, y contacto directo con el ser abierto. Siempre en las dos, filosofía y poesía, es el término esa palabra exterior del ser abierto, y esta palabra interior nuestra, con toda la vibración del ser hecho palabra, en los que tan serenamente tiemblan de verlo así, manifestándose a sí mismo, abierto.

En los que así llegan al ser, en cualquier grado que sea –y V. sabe que desde el ser como tal que lo abraza todo, hasta el Ser que lo llena todo, todo el ser, y del que ese mismo ser como tal depende, hay una gradación como infinita (indefinida)–, la filosofía no puede menos de ser poesía verdadera y la poesía no puede menos de ser filosofía verdadera, ya que, en las dos, lo que hay es que han llegado –de modo tan distinto– a las cosas por las causas o, tal vez mucho más hondamente, a las causas por las cosas: sí, primero a las cosas, al ser abierto –que es lo primero que se nos da, en la realidad y en el conocimiento (en puro tomismo, en puro cristianismo, sin ontologismos)– y por ellas a las causas y a la Causa, la Causa Suprema, en la que precisamente se abre en plenitud el Ser, la Cosa que es todo cosa, sin más cosa en Él que pueda ser, que lo que es ya todo: sin potencia ninguna pasiva, porque todo lo que puede ser está ya en Ella en acto. Y si a algo que no es eso –al reteñir del címbalo y al malabarismo de nociones despegadas de su sentido que son las cosas– le llaman Filosofía, es un abuso –aunque sea inmemorial– de su nombre y una contradicción con lo que desde el primer paso hacia ella, desde la primera página de cualquier manual, nos han dicho que era. (No le voy a poner definiciones, que acaba V. de estudiar) (2011, pp. 482-483).

De todo el epistolario de Ángel Martínez con Ellacuría –y del epistolario en su totalidad– probablemente ninguna carta sobresalga tanto por su riqueza filosófica como esta, enviada desde San Salvador en víspera de la fiesta de Santa Rosa de Lima, el 30 de agosto de 1953. Carta extensísima, que impresa abarca diez páginas y sobreabunda en hondas reflexiones. En ella Ángel toma como guía a santo Tomás en su doble camino de ascenso y descenso,

como maravillosa recapitulación del completo y perfecto conocer humano: del raciocinio a la mirada simple, de la mirada simple al análisis por el raciocinio –de lo descubierto por vericuetos y encrucijadas, a la vista panorámica de todo lo que ilumina

el sol que no está arriba, sino que está como naciendo, manifestándose, abriéndose— de todo lo que en un solo punto estamos viendo. El camino doble que Sto. Tomás con más luz que nadie ha sabido expresar y señalar, y el que los más grandes filósofos cristianos han seguido (2011, p. 486).

Ángel se encuentra ahora en México impartiendo clases de Metafísica en la Universidad Iberoamericana y procura recrear en sí lo que había de dar recreando; declara que sus ideas las ha ido asimilando de san Agustín, san Buenaventura, santo Tomás (2011, p. 489). Para él, san Agustín posee tal vez la más honda y santo Tomás la más anchamente abarcadora mirada que ha habido (2011, p. 488).

Como hemos dicho, conceptúa Ángel la filosofía como palabra viva del ser de las cosas, y considera que la filosofía, finalmente, se aboca a la poesía y al silencio místico de adoración. Esto lo ejemplifica bellamente en santo Tomás de Aquino:

No sólo la vida del seráfico San Buenaventura, sino la del angélico Sto. Tomás es el mejor símbolo de ese doble modo de llegar a la verdad y la más alta realización de la doble manera de conocerla que él mismo expuso. Y al fin, la mirada sencilla —la del intellectus: *intus legens*, que dice él— llegó a leer tan adentro, que lo que vio en esa mirada, nunca más angélica que entonces, le llevó a darnos la lección más sabia, la más aleccionadora lección que dio a los siglos: la de su absoluto silencio. También en él fue, de todo lo que había expresado de la vida, la palabra final ese silencio: «Todo lo que he escrito es paja. Lo que he visto sólo se puede decir callando»... Con toda la verdad de su silencio. Y así se murió, sin volver a coger una pluma ni volver a dar más lección que esa lección suprema de su silencio.

No deja de tener hondura de sentido el que lo único que enseñara después, en lo que le quedó de vida, fuese la poesía más alta y más honda, y eso no en la solemnidad de la cátedra, sino en la intimidad de la amistad y en la ternura del agradecimiento, comentando el Cantar por excelencia —el Cántico canticísimo— el Cantar de los Cantares, a un grupo de frailes devotos y a la orilla de la muerte. Verdaderamente significativo todo esto. De Sto. Tomás como poeta, para ser así filósofo y teólogo completo, prediqué este año el día de su fiesta (2011, p. 487).

Ángel confiesa a Ellacuría que ha llorado de gozo meditando estas cosas y le aconseja no quedarse en la mera ciencia de ellas, sino procurar su *sabiduría*, «ciencia de sabor, que da saber porque es el sabor para el que de ese modo llega a saberla saboreándola», pues «solo podemos saber lo que nos sabe» (2011, p. 487).

En su respuesta de julio de 1954 Ellacuría le expresa a Ángel que anhela seguirle por toda su carrera, *ad montem qui Christus est*, y el editor de las cartas, Emilio del Río, S. J., señala cómo él mismo por fin subió al monte de la cruz de Cristo, cuando muere con Jesús dando su vida por un mundo más justo (2011, p. 491).

Ellacuría en esa misma carta ratifica como único enfoque verdaderamente filosófico el que Ángel le ha presentado y le manifiesta cómo «ahondando en la realidad de las

cosas [...] se puede llegar a profundas emociones que agarren todo nuestro ser y le capaciten para manifestar el impacto que las cosas dejaron en la propia alma» (2011, p. 493). De su parte considera que a las cosas se puede llegar más íntimamente conviviendo con ellas y amándolas, antes que fríamente contemplándolas; sin embargo, tal experiencia de plenitud es ciertamente elusiva y difícil de ser captada conceptualmente, por lo que acá se abre un campo en que se manifiesta todo el valor de la poesía, en cuanto comunicación indirecta de experiencias de suyo intransferibles. Ellacuría contrapone a la comunicación por raciocinios y conceptos universales típicos de la filosofía antigua y de la escolástica, «la transmisión existencial y concreta», que requiere de «la suscitación poética» (2011, p. 497). Ángel, por otra parte, va a ratificar esta idea, distinguiendo los contactos de mero conocimiento intelectual de los contactos de iluminación vital, a través de los cuales se logra penetrar lo más hondamente posible al objeto, hasta casi hacerlo otro (2011, p. 503). Y pone como ejemplo su propio descubrimiento diario del lago (reminiscencia de sus años vividos a orillas del Gran Lago de Nicaragua).

En la última carta a Ángel que se conserva de Ellacuría, escrita desde Dublín el 5 de noviembre de 1962 –durante su tercera probación–, le anuncia que un año después estaría trabajando en Madrid con Zubiri. De lo que Ángel se alegra infinito: «Espero que, por el que él es –X. Zubiri–, y por el que es V., ha de hacer una cosa muy original y sobre todo honda» (2011, p. 524).

Y en la última carta conservada de Ángel a Ellacuría, le cuenta que está preparando una clase de Introducción a la Filosofía para el Curso de Humanidades, motivo por el cual formula la síntesis de todo su pensamiento filosófico: «El paso de la palabra al ser, para que el ser entre en la palabra, como salió –quedándose dentro– la Palabra del Ser. Para que todos los seres salieran de la Palabra... en la unidad del Amor Personal. Filosofía arraigada, como todo en el mundo que podemos conocer, en lo más hondo y más alto de la Teología. Hasta ahora no he podido saber de otra Filosofía» (2011, p. 523).

8. CONCLUSIÓN

Como sacerdote, poeta y maestro, Ángel Martínez Baigorri impactó en la vida de muchas personas; su correspondencia con Ellacuría, aparte del valor intrínseco que posee, nos brinda una ventana abierta hacia su acción inspiradora y formativa. De ningún otro discípulo suyo existe una correspondencia semejante. Tras recorrerla, podemos concluir cuán eminente papel corresponde a la filosofía en la creación poética de Ángel Martínez Baigorri; el suyo de hecho fue el extraño caso de un poeta filosófico –otros casos son T. S. Eliot en la tradición anglosajona o Miguel de Unamuno en la nuestra– que abordó en su poesía temas trascendentales, como el tiempo y la eternidad, Dios y el hombre, vida y poesía. Su vuelo angélico se alza por encima del mismo pensamiento conceptual hacia las cumbres de la experiencia mística, plasmada en poemarios como *Dios en blancura* y *Desde el tiempo del hombre*. Su concepción poética es integral y merece ser profundizada. Si actualmente contamos ya con una edición de sus *Poesías completas*, gracias al tesón de su editor Emilio del Río, S. J. y al patrocinio del Gobierno

de Navarra (actualmente disponible en Internet³), ojalá siga algún día otra edición de su vasta obra en prosa, sin duda muy singular.

En cuanto a Ellacuría, partiendo de los cimientos adquiridos con Ángel Martínez, continuó su evolución filosófica hacia otros horizontes. Su filosofía se enfocó en la injusticia estructural que crucifica a pueblos enteros y en la tarea humana y cristiana de liberarlos. Su tema cambió, pero el *pathos* de examinar las cosas en sus causas o de ir a las causas por las cosas, se mantuvo a lo largo de toda su vida.

Valgan estas modestas glosas para que quienes hasta ahora desconocían las cartas que intercambiaron el poeta-filósofo y el filósofo que, a su manera, también quiso ser poeta, se prendan del deseo de leerlas por sí mismos, ya sin necesidad de comentarios. Y que la palabra viva de Ángel patente en sus cartas a Ignacio Ellacuría despierte también el interés por explorar su obra poética.

9. LISTA DE REFERENCIAS

- Iriarte, I., S. J. (1971). Ángel Martínez Baigorri. Rasgos biográficos y psicológicos. *Encuentro: Revista Académica de la Universidad Centroamericana*, s. n., 7-21.
- Martínez Baigorri, Á., S. J. (1978). *Ángel poseído* (Introducción, selección y notas de Juan Bautista Bertrán). Ediciones 29.
- Martínez Baigorri, Á., S. J. (2011). *Las Cartas. Con el hijo del hombre* (ed. de Emilio del Río Maeso). UCA Publicaciones.
- Samour, H. (2000). *Voluntad de liberación. La filosofía de Ignacio Ellacuría* (tesis doctoral). Universidad Centroamericana «José Simeón Cañas», San Salvador (El Salvador).
- Sobrino, J. & Alvarado, R. (eds.). (1999). *Ignacio Ellacuría. «Aquella libertad esclarecida»*. Sal Terrae.

3 Ver <http://www.culturanaavarra.es/es/poesias-completas>.

